



Atestado del Arzobispo

Ilustrísimo Fray Ramón Casaus y Torres
Arzobispado de Santiago de Guatemala 1815 – 1829

Los pañuelos del Ayuntamiento

Guatemala de la Asunción 19 de Agosto de 1816

En la nueva Guatemala hoy diez y nueve de agosto de mil ochocientos dieciséis, el Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Doctor y Maestro Don Fray Ramón Francisco Casaus y Torres, Arzobispo de esta Diócesis, del Consejo de su Majestad mi Señor, para continuar el examen y comprobación de las cosas extraordinarias que después de recibir la Sagrada Comunión suceden a la Madre María Teresa de la Santísima Trinidad Aycinena, Religiosa Carmelita Descalza del Monasterio del Señor San José y Santa Teresa, siendo en punto las seis de la mañana, se dirigió al dicho Monasterio y entró por una puerta que corresponde a la nueva Iglesia que se esta edificando, acompañado para presenciar lo que acaeciese, de los señores Tesorero Doctor Don José Valdés, y Doctor Don Mariano García de los Reyes, canónigos de esta Santa Iglesia, de los reverendos padres fray Buenaventura Villageliu, ex-lector de teología de la Orden de San Francisco, de fray Félix Castro y fray Agustín Reyes del Colegio de Cristo, del presbítero Don Joaquín Letona y de los presbíteros Don Paulino Salazar, notario del juzgado de Capellanías, y de su pro-secretario de cámara y gobierno Don José Ignacio de la Peña, para que diésemos fe; y se dirigió a la celda de la Madre María Teresa a quien junto con los expresados encontró sentada en su cama, por estar enferma de los pies, que tiene medio tullidos, toda cubierta, con la pobreza y modestia propia de su estado, menos la cara y las manos; tenía la cabeza inclinada, los ojos casi cerrados y absolutamente enajenada de sus sentidos. Su Señoría Ilustrísima ordenó a la hermana María Francisca del Señor San José Arriaza que la llamase por su nombre; la llamó tres ocasiones, sacudiéndola por el hombro siniestro y ella ni respondió, ni dio indicio de que la oía o entendía. Entonces su Señoría Ilustrísima **le preguntó ¿habrá pinturas hoy? y contestó Sí Señor. ¿Y qué figuras se pintarán?, ¿serán las mismas que dijo ayer? Sí señor, contestó. ¿Y quiénes pintan? Los Ángeles. ¿Con qué pintan? Con pinceles. ¿En dónde están los pinceles? Se los vuelven a llevar los ángeles. ¿Y para qué son las pinturas? Para el bien de las almas y para que se vean las misericordias de Dios.** Continuó su Señoría Ilustrísima diciéndole, a ver las manos, y mostrándolas al instante, en las que nada tenía, sino las señales de las llagas frescas, le puso en ellas un pañuelo blanco que llevo con este fin, habiéndolo cortado antes de una esquina en presencia de todos, que dio al Señor Tesorero Doctor Don José Valdez para que tuviese con el fin de cotejarlo después con el resto de dicho pañuelo. Luego le dijo su Señoría Ilustrísima **¿Se pintará algo en tres pañuelos que me ha encargado el Ayuntamiento?** (que son

los mismos que un día antes le había mandado el Muy Noble e Ilustre Ayuntamiento de esta Capital a su Señoría Ilustrísima para conservarlos con su correspondiente auténtica), **y le respondió sí Señor**, y poniéndolos juntos, se salió con los circunstantes a la puerta de la celda, sin que quedase dentro ninguna persona, y desde donde su señoría ilustrísima le preguntaba, ¿han comenzado ya los ayunos? Sí Señor, ¿y cuántos van? cuatro. ¿Ha comulgado hoy? Si Señor. ¿Ha pasado la forma? Sí Señor. ¿Y nada más? nada más Señor. ¿Ni siquiera una gota de agua? no Señor. Como a los cinco minutos, se asomó su Señoría Ilustrísima y viendo que ya aparecía en el pañuelo impuesto delante en las manos algo pintado, de su orden fueron entrando sucesivamente los demás y percibieron que ya estaba pintado un corazón con una cruz grande encima y que la Madre María Teresa, permanecía en la misma postura e inmovilidad, con las manos juntas y sobre los muslos, en que la encontraron la primera vez. Después de otro intervalo volvió a entrar su Señoría Ilustrísima, y todos los demás como antes, y notaron más figuras en el pañuelo y el mismo enajenamiento, volvieron a sus asientos y desde allí su Señoría Ilustrísima dijo a la Madre María Teresa: así que acaben las pinturas rezará la salve.

Como a las ocho dadas, entró una tercera vez su Señoría Ilustrísima y encontró concluído el primer pañuelo; lo tomó de sus manos, y entregó a los concurrentes para que lo vieses y observasen, como efectivamente vieron, que el mismo pañuelo, que su Señoría Ilustrísima le puso primero, por el cotejo del retazo cortado con ese fin, y que tenía pintados de sangre muy reciente y colorada: tres corazones, cada uno con una cruz grande encima, y el del medio atravesado con dardo, los nombres de Jesús, María y José, tres clavos, una corona de espinas con clavo dentro, un anillo, y la columna abajo.

Continuaron apareciendo las impresiones, o pinturas en el primero de los pañuelos del muy noble e ilustre Ayuntamiento; y su Señoría Ilustrísima con los indicados, entró varias veces, y siempre encontraron figuras pintadas en el pañuelo, y a la Madre María Teresa estática e inmóvil en la misma postura, con las manos siempre juntas. Estando en este enajenamiento, yo el Pro-Secretario, de orden de su Señoría Ilustrísima, la llamé dos o tres veces por su nombre, a lo que no contestó, ni me dio señal alguna de que me oía. Le dije también, ¿qué pinturas saldrán en esos pañuelos? y tampoco me contestó. Entró su Señoría Ilustrísima, y encontró ya concluído el primer pañuelo, lo sacó como el anterior a los allí presentes, quienes vieron que tenía pintados: tres corazones con cruz grande encima, y el del medio atravesado con dardo, corona sobre la cruz principal con clavo dentro, tres clavos pequeños a un lado, y un anillo al otro, y arriba el nombre de Jesús sobre tres clavitos. Siguió del mismo modo sobre el segundo pañuelo, que salió con dos varas, tres corazones, con cruces encima y el del medio atravesado con dardo, corona sobre la cruz principal con un clavo dentro, anillo a un lado, al otro una soga, nombre de Jesús en medio sobre tres clavitos; el de María al lado derecho del que mira sobre una media luna, y encima corona y siete cruces espaciadas pequeñas. Continuó el tercero en la misma forma y concluído comenzó a rezar la Salve, Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri, y el Salmo “Laudate Dominum omnes gentes”, y luego se levantó su Señoría Ilustrísima con los demás, y le sacó de las manos el pañuelo que examinaron los circunstantes, que tenía abajo: martillo, tenazas, columna con soga y azotes, tres corazones con clavos grandes encima, el del medio atravesado con dardo: sobre la cruz principal, corona de espinas con un clavo dentro, arriba el nombre del Señor San José, con la vara sobre él, a los lados anillo, dos cruces medianas y seis pequeñas espaciadas. Mandó su Señoría Ilustrísima que los circunstantes se levantasen de donde estaban hincados, y que pusiesen más atención; y cuando ya todos rodeados a la cama, le ordenó a la Madre María Teresa, que cantase la Salve que comienza inmediatamente a cantar con voz clara y armoniosa y con mucha devoción; y cantando ella: “en este valle de lágrimas”, la tocó levemente por el hombro izquierdo, y al instante volvió en sus sentidos, restregándose los ojos, y como sonrojada, poniéndose de color encendido su rostro.

Habló a su Señoría Ilustrísima como si por primera vez lo viese y hablase hoy; y dispuso luego su Señoría Ilustrísima, que los circunstantes que se habían retirado de la celda, cuando ya vieron que recobró el uso de los sentidos, volviesen a entrar, y saludasen, como lo hicieron todos los que estuviesen presentes, y la Madre María Teresa les correspondió con toda urbanidad, y modestia, teniendo ya los ojos muy despejados y vivos, y el semblante encendido. Le dijo su Señoría que iba a decir Misa en la Iglesia del Convento, y que si quería oírla, se dispusiese, para que la llevasen las monjas; como así se verificó, respondiendo luego que sí quería oírla. Y entonces su Señoría Ilustrísima salió con los referidos testigos por la misma puerta de la obra; y en ella hubo de manifestar al inmenso gentío que lo aguardaba, los cuatro lienzos y pañuelos con las pinturas estampadas de sangre aun fresca y de color subido; lo cual causó en todas las gentes una religiosa y extraordinaria emoción, oyéndose repetir: bendito sea Dios que hace tales maravillas, y otras exclamaciones semejantes.

Y para la debida constancia hizo su Señoría Ilustrísima extender esta diligencia y comprobación en forma, y que la firmasen todos, si en conciencia podían asegurar ser cierto todo lo substancial que se refiere y que pudiesen ver y observar, o en caso de no haberlo visto o considerado todo puedan bajo juramento declarar con plena libertad lo que observaron, para agregarlo a este atestado que mandó se extendiera por octuplicado, se sellase con el escudo de sus armas y se pasasen dos al Muy Noble e Ilustre Ayuntamiento de esta capital de que damos fe = entre líneas = al otro una sogá = esparcidas = y azotes = grandes = todo vale.

Firmas

Fray Ramón, Arzobispo de Guatemala.

José Valdez.

Mariano García.

Fr. José Buenaventura Villageliu.

Fr. Felipe Castro.

Fr. Agustín de Jesús Reyes.

Joaquín de Letona.

Paulino de Salazar.

José Ignacio Saldaña.

Asociación Pro Canonización Madre María Teresa de la Santísima Trinidad

www.madremariateresa.org